

XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2008.

Malestar contemporáneo: fetichismo de la subjetividad.

Dal Maso Otano, Silvina.

Cita:

Dal Maso Otano, Silvina (2008). *Malestar contemporáneo: fetichismo de la subjetividad*. XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-032/529>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/efue/Ysw>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MALESTAR CONTEMPORÁNEO: FETICHISMO DE LA SUBJETIVIDAD

Dal Maso Otano, Silvina
Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

Este trabajo abordará la problemática del malestar de la cultura actual y sus manifestaciones subjetivas intentando articular nociones del psicoanálisis a aportes conceptuales de Z. Bauman y G. Agamben, tales como fetichismo de la subjetividad y sociedad del espectáculo.

Palabras clave

Malestar Sujeto Fetichismo Espectáculo

ABSTRACT

CONTEMPORARY DISCONTENT: FETISHISM OF SUBJECTIVITY

This work will deal the subject of the discontent in actual society and its manifestations on the subjects. It will articulate ideas of psychoanalysis with those of Z. Bauman and G. Agamben, such as fetishism of subjectivity and spectacular society.

Key words

Discontent Subject Fetishism Spectacle

“Así, el cuerpo glorioso de la publicidad se ha convertido en la máscara tras la cual el frágil y diminuto cuerpo humano continúa su precaria existencia, y el geométrico esplendor de las *girls* cubre la largas filas de los anónimos desnudos conducidos a la muerte en los campos de concentración...” G. Agamben

Freud construyó el concepto de pulsión para dar cuenta de los peculiares modos de hallar satisfacción por parte de los seres hablantes. Satisfacción no regulada por ningún conocimiento instintual, bordea una falta de objeto estructural y estructurante del sujeto humano, montándose en los bordes del cuerpo, y articulándose, en el mejor de los casos, al marco de la fantasía inconciente. Ese cuadro se constituirá en la matriz de todos los síntomas del neurótico.

El recorte de los bordes circunscribe tanto lo que llamamos cuerpo como la inagotable búsqueda de satisfacción en la que el sujeto queda comprometido por participar del mundo humano, conformado eminentemente por su estructuración simbólica. Es la palabra la que efectúa el recorte. Ese cuerpo fragmentado por el significante hallará cobertura a través de la imagen que le proporciona la estructuración del narcisismo. Es así que podemos situar la articulación de los tres registros que propone Lacan para dar cuenta de la estructura del sujeto. El resto que no se subsume al apresamiento significativo y que la imagen recubre tendrá función de causa de deseo, a la vez que será el objeto en torno al cual girará la pulsión (1). La incidencia del significante, los efectos de la palabra sobre el sujeto, lo arrancan de una mítica relación a la necesidad, enviándolo tanto a los desfileres del deseo como al campo del goce.

Freud oscilaba entre dos posiciones para dar cuenta de la limitada, acotada, satisfacción que tal montaje puede proveer, donde satisfacción e insatisfacción se hermanan. La represión socialmente necesaria de la búsqueda individual de satisfacción, coartaría los caminos de la pulsión confinándola a regulaciones que la constriñen. Los destinos de pulsión incluyen tanto la represión como la sublimación que respondían claramente a ideales, y requerimientos morales de la época.

Pero existen pasajes donde propone que la limitación no surge por una oposición entre el sujeto y la cultura, sino que resulta de

una limitación interna, podemos decir estructural, de la pulsión misma (2). De todos modos, en *El malestar en la cultura*, al mismo tiempo que revela la tensión entre las exigencias culturales y las exigencias pulsionales de los sujetos, donde las primeras sofrenan a las segundas, se revela en una suerte de Banda de Moebius el carácter éxtimo del superyó que logra capitalizar la exigencia de renuncia como exigencia de satisfacción.

Es así que el cuerpo de los individuos, ubicados como componentes de la sociedad, como ciudadanos, ha sido el soporte y el terreno donde intentaban dirimirse los ideales de la época en términos de educación, producción, progreso, etc. El sujeto se encontraba tironeado para no dejarse estar en los estratos más simples y directos de la satisfacción individual, y estaba llamado a encontrar modos sustitutivos, indirectos, sublimados de satisfacción que le permitieran articularse a otros en una trama social que los trascendía.

Freud destacó el carácter de aquello que sostenía las masas, verdaderas instituciones masivas, y no simple amontonamiento de individuos. El soporte es concebido como lazo, lazo libidinal que sostiene y se sostiene en diversos modos de identificación. Es así que el Psicoanálisis vio la luz en un mundo donde los sujetos hacían síntoma por lo asfixiante de la red, por lo encorsetado del lazo. Los síntomas de los sujetos interrogaban las formas ideales de satisfacción con los que su cultura pretendía educarlos y gobernarlos. Los ciudadanos, por sus síntomas, surgían como sujetos del inconciente, haciendo valer el resto no asimilado (y felizmente no asimilable) por la operación social. El malestar subjetivo, el sufrimiento soportado en el cuerpo por los sujetos, era una forma de respuesta a la cultura en la que se habían constituido como tales. El problema se le planteó al psicoanálisis en términos de cómo tratar, qué hacer, con ese resto, que no consistiera ni en educarlo ni en gobernarlo, por lo tanto no reducirlo. Este problema hace a la ética del psicoanálisis. La cuestión para el sujeto es cómo hacer con ese resto en el lazo con el Otro/los otros. Los psicoanalistas trabajamos en los lazos.

Ahora bien, si el sujeto como tal se concibe sólo en relación al Otro, lugar de lo simbólico, y si bien podemos situar invariantes ligadas a la estructura del lenguaje, la cultura presenta variaciones sustanciales de acuerdo a la época de que se trate. En parte esas variaciones pueden ser aprehendidas en los distintos discursos que articuló Lacan, los cuales definen modos -diversos -del lazo social.

Él destaca que el discurso del psicoanálisis pudo instalarse sólo en correlación, y contrapartida, con la aparición de la ciencia moderna, del discurso científico. Este discurso ha avanzado en sus efectos hacia la producción de los gadgets que, Lacan nos advertía en 1973, había convertido a los sujetos en "sujetos de instrumentos que, del microscopio a la radio-televisión, se han convertido en elementos de su existencia" (3) Pero para el psicoanálisis su sujeto es el sujeto rechazado (necesariamente) por la ciencia. Sujeto del inconciente, sujeto evanescente de la enunciación, sujeto insustancial y ajeno a todo intento de reificación. No obstante, la tecnología surgida de la ciencia, lo quiere sujetado a sus instrumentos. Para tratar de seguir revisando esta relación de los sujetos a la cultura contemporánea, donde se dan la mano el discurso científico y el desarrollo del capitalismo, recurriré a algunas articulaciones producidas desde el campo de la sociología y la filosofía.

En *La comunidad que viene*, G. Agamben sitúa un progresivo cambio del tratamiento de la figura humana a partir de la invención de la litografía y de la fotografía, que desde inicios del siglo XIX había impulsado la difusión mercantil de las imágenes pornográficas: "ni genérico ni individual, ni imagen de la divinidad ni forma animal, el cuerpo llegaba a ser ahora verdaderamente *cualsea*" (4). Así se producía lo que el autor denomina proceso secular de emancipación de la figura humana de sus fundamentos teológicos, proceso que se imponía a escala industrial. En los años veinte (siglo XX) el proceso capitalista de mercantilización empezó a utilizar la figura humana como objeto de sus estrategias de marketing. "La mercantilización del cuerpo humano (...) lo plegaba a las férreas leyes de la masificación y del valor de cambio"(5).

Por su parte, Z. Bauman en *Vida de consumo* nos revela el inhóspito lugar que la cultura actual, por él denominada sociedad consumista, producto de la modernidad líquida que desarticuló la red social (la cual, a su vez, era regulada por el socavado Estado de bienestar), ofrece a los ciudadanos devenidos consumidores, llevados al colapso de los vínculos humanos, conocido como "individualización"(6). "El "síndrome consumista" es velocidad, exceso y desperdicio"(7). La permanente producción masiva de objetos de consumo requiere necesariamente una industria del desperdicio. En cuanto al tiempo se destaca su carácter "puntillista", es decir: una multitud de instantes eternos. Tiempo roto, pulverizado como el lazo social.

Las opciones que se le presentan al sujeto desde esta lógica contemporánea "regulada" a su capricho por los Mercados, son las del buen consumidor, que presenta los medios para afrontar la constante exigencia de adquirir nuevos objetos, o la opción del "consumidor fallado": aquél que no resulta apto, por su propia responsabilidad, para responder a las exigencias de la sociedad consumista. Este último caerá como deshecho o desperdicio irrecuperable del sistema, no despertando interés su "recuperación" por parte de una sociedad en la que no se valoran los lazos, sino la instantaneidad de la satisfacción momentánea y constantemente desplazada a través de la profusión de los objetos de consumo. El consumidor fallado, confinado a la nominación inmóvil de la "infraclase", sirve de enseñanza ejemplar de lo que puede ocurrirle a cualquier otro consumidor si no está a la altura del tren consumista.

Pero el resorte más medular de esta forma de funcionamiento social consiste en que el consumidor debe producirse a sí mismo como un objeto de valor en el mercado de consumo. "En la sociedad de consumidores nadie puede convertirse en sujeto sin antes convertirse en producto(...)" La "subjetividad" del "sujeto" (...) está abocada plenamente a la interminable tarea de ser y seguir siendo un artículo vendible"(8).

A ello se refiere la noción de "fetichismo de la subjetividad", donde el resorte recién expuesto es recubierto por una nueva oposición de inspiración cartesiana: consumidor-mercancía, donde la libertad máxima (exigida) es la de elegir bien. Un consumidor soberano de sus decisiones, con la libertad de elegir objetos para su mejor y mayor satisfacción. El fetichismo de la subjetividad clama por un supuesto sujeto plenamente soberano y libre de elegir, sin limitación alguna a la búsqueda de satisfacción, pero al mismo tiempo vela que se trata de un sujeto de-sujetado del Otro/otro, reducido a un objeto más del mercado entre otros. Es decir que el máximo de rechazo y borramiento de la dimensión de sujeto es presentado como el summum de la subjetividad actual.

Allí donde en otra época había prohibición de la satisfacción, ahora se podría gozar de la ventaja de una ilimitada libertad de satisfacerse constantemente pero por obligación y con los objetos que el mercado produce. La satisfacción obligada es la del mercado y, a la vez, la de los sujetos quienes son libres de elegir (obligadamente) sólo entre esos objetos impuestos. Se trata de un verdadero empuje a la satisfacción, donde la víctima es el sujeto reducido a un mero objeto de consumo entre otros o, en su defecto, a un indeseable resto desechable. Para este autor, en los dos polos, aparece "la depresión (que es) provocada por el temor a ser inadecuado" (9) para este imperativo social, en lugar de la culpa con que la neurosis solía responder a la tentación de transgredir las reglas.

Se pueden señalar dos importantes particularidades de este nuevo modo de empuje a la satisfacción, que podemos calificar de superyoico en tanto cala hondo en la subjetividad de la época, obligando a los sujetos, uno por uno, a responder de algún modo. Una característica es que se produce sobre cada sujeto, pero ahora sin el soporte de la red social. Se trata de un empuje sin red. La otra peculiaridad, derivada de la anterior, consiste en que cada individuo está "obligado" a actuar por cuenta propia a cualquier nivel, habiéndose revertido la otrora responsabilidad social en una actual responsabilidad privada y absoluta. Se trata de la privatización de la responsabilidad, solidaria de la desregulación estatal, que va de la mano de la plena libertad de cada

cual para consumir. Esa privatización de la responsabilidad aparece al mismo tiempo que la tendencia a hacer públicos los aspectos más íntimos de la vida privada de los sujetos.

En la cultura actual, mediática por excelencia, todo es pasible de ser mostrado por los medios de comunicación. Parece que no hay límite a lo que puede ser comunicado y comunicable. Y el exceso de información, es decir la información tratada como objeto de consumo, se vuelve saturante. Agamben se refiere a la inmensa acumulación de espectáculos como lo más característico de la escena actual, acumulación que se engulle tanto la vida privada de los sujetos como la vida política de la sociedad. En ese sentido cita a Guy Debord en *La sociedad del espectáculo* (1967): "El espectáculo es el capital en tal grado de acumulación que se convierte en imagen"(10). Agamben lo lee como la alienación del ser lingüístico del hombre, desarraigado de su habitar vivo en la lengua. "Los periodistas y los mediócratas son el nuevo clero de esta alienación de la naturaleza lingüística del hombre"(11).

Ensayando un diagnóstico de situación desde la perspectiva del modo actual de relación social, podemos pensar la melancolización generalizada contemporáneamente como un signo de la caída del sujeto en la cosificación consumista, a la vez que como la última expresión subjetiva que daría cuenta de lo insoporrible de la "libertad" desregulada, privatizada, donde los sujetos son, entonces, lanzados al permanente empuje del consumo, sin red, "reificados" y bajo amenaza permanente de ser desechados como residuos. En este sentido se puede ubicar la expropiación del ser lingüístico tanto en la privación del uso de la palabra como, a la vez, en la privación de lo imposible de decir en que se funda el deseo.

A partir de lo expuesto, podría pensarse la particularidad de los modos de presentación actuales del malestar en la cultura como una respuesta lógicamente acorde a las coordenadas estructurales en que aquella se funda hoy, y a partir de las cuales "demanda" a los sujetos. El estado de emergencia en los ataques de pánico, la denominada bipolaridad, la melancolización, el permanente estado de incertidumbre y angustia, la depresión, las compulsiones, adicciones, anorexias, bulimias, etc., patologías del consumo y la desesperación, se presentan como la versión actual más recurrente del malestar en la cultura de los sujetos. Una vez más, y tal vez más que nunca, la pregunta para los psicoanalistas será cómo intervenir para resituar esos restos a través de los cuales aun resiste el sujeto, posibilitándole advenir como tal a través de la palabra. Las estrategias de intervención pueden requerir variaciones de acuerdo a los diversos modos de presentación subjetiva. El horizonte ético de nuestra praxis y las consecuentes preguntas acerca de los modos de enlazarse a los otros permanecen vigentes.

vida amorosa, Tomo XI, Amorrortu Editores

FREUD, S. Pulsiones y destinos de pulsión, XIV, A.E.

FREUD, S. Psicología de las masas y análisis del yo, XVIII, A.E.

FREUD, S. El malestar en la cultura, XXI, A.E.

LACAN, J. El Seminario 11, Paidós

LACAN, J. El Seminario 20, Paidós

NOTAS

(1) Lacan, Seminario 11, Clase XVIII, pág. 251

(2) Freud, Tomo XI, Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa, pág. 182 y Tomo XXI, El Malestar en la cultura, pág. 103

(3) Lacan, Seminario 20, Clase VII, pág. 99

(4) Agamben, La comunidad que viene, Cap. XII, pág. 44

(5) id.

(6) Bauman, Vida de Consumo, Cap. 1, pág. 73

(7) Id., Cap. 3, pag. 120

(8) Id., Introducción, pág. 25/26

(9) Id., Cap. 3, pág 130

(10) Agamben, Cap. XVIII, pág. 65

(11) Id., pág.67.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, G. La comunidad que viene, Pre- Textos

BAUMAN, Z. Vida de Consumo, Fondo de Cultura Económica

DELGADO, O. La subversión freudiana y sus consecuencias, JVE Ediciones

FRIEDENTHAL, I., Descubrir el psicoanálisis, Ediciones Grama

FREUD, S. Obras Completas, Sobre la más generalizada degradación de la